

**«El día en que papá
se marchó a la guerra...»**

El día en que papá se marchó a la guerra fuimos todos a despedirle.

Él no lo llamaba guerra. Lo llamaba «misión humanitaria». Pero el abuelo dijo que eso era un eufemismo. No tenía ni idea de lo que significaba la palabra y, como no era el momento de hacer preguntas, la memoricé y la busqué en el diccionario cuando llegué a casa. Decía: «Expresión suave con la que se sustituye otra que se considera violenta, grosera o malsonante». Y como ejemplo citaba: «*Rellenito* es un eufemismo que se utiliza en lugar de *gordo*».

No me gustó nada saber lo que significaba la palabra.

Que papá no se iba de «misión humanitaria» lo sabíamos todos, hasta yo. Si no, ¿a qué tanta cara larga y tanta

lágrima? Se supone que una «misión humanitaria» es algo feliz y hecho con el corazón para ayudar en algo malo y terrible que ha sucedido previamente. Más o menos aguantábamos el tipo, para darle ánimos y que no se marchara preocupado. Yo colaboré portándome bien por más que lo miraba todo con expresión de pasmo, porque el despliegue que nos envolvía era impresionante. Intenté no dar la nota. Y lo conseguí.

Salvo cuando papá me abrazó y me dio aquel beso.

Fue el beso más beso de todos los besos, y papá nunca los daba así.

Tembló, y esa emoción me alcanzó de lleno.

Ya me había dicho en casa lo más necesario, que me portara bien, que cuidara de mamá, que ahora yo era el cabeza de familia... Lo típico en estos casos, porque lo había visto en una película y las películas son cosas reales que luego alguien recuerda y cuenta. Así que en el aeropuerto militar lo único fue el beso. El superbeso.

Y el abrazo que me quitó el aliento.

La abuela era la que más lloraba. No paraba de decir cosas como «¡Ay, hijo, que no te hagan daño!» y «¡Cuidate mucho, no te metas en líos!». Esto último me sonaba a familiar, porque era exactamente lo que mamá me decía cada vez que me iba de excursión o de colonias con el colegio. Por un momento pensé que una «misión humanitaria», eufemismo de «guerra», era como una excursión a lo bestia. El abuelo, en cambio, era el más serio. Apenas si abrió la boca. Bastaban sus ojos. Lo miraba todo con aquel aspecto grave, sereno y contenido, casi distante. El único punto de emoción, lo vimos perfectamente, fue cuando papá y él se abrazaron. Entonces sí. Entonces su abrazo fue tan fuerte como el que papá me

dio a mí. Fuerte y largo, como si les costara dejarlo o estuvieran pegados el uno al otro. Al separarse, las mandíbulas del abuelo estaban muy apretadas. Formaban dos ángulos rectos, marcados a ambos lados de su cara. Por su parte, mamá mostraba toda su entereza. Con dignidad y orgullo. Decían que era lo que se esperaba de la esposa de un militar. Y más de un oficial.

Me pregunto quién dicta esa clase de cosas y normas.

¿Hay algún código secreto?

¿Quién le dice a la novia de un soldado que puede llorar, a la de un suboficial que como mucho ilumine los ojos y a la esposa de un oficial que a ella le toca mantenerse firme?

Yo seguí pendiente del abuelo.

Mi abuelo es único.

A veces los mayores, los ancianos, tienen una mirada distinta, una mirada como de mirar sin ver, perdida, dirigida más hacia dentro que hacia fuera. La del abuelo, esa mañana, era infinita, como si tuviera más espacio en el interior de su cuerpo que en el otro lado. A él, que se le iluminaban los ojos casi siempre, sobre todo al llegar yo, jamás le había visto así, como si nada de lo que sucedía fuera con su persona. Y, sin embargo, iba.

Muchísimo.

El abuelo había sido hippy, rebelde, correccaminos en un mundo sin fronteras, aunque eso fuese en el siglo pasado, o sea, en otro tiempo. Entonces llevaba el cabello muy largo y vestía raro, con ropas que parecían viejas. Siempre que veía esas fotos en su casa me quedaba mirándolas alucinado. Pero las ideas del abuelo eran estupidas. Con él nunca me aburría. Que su único hijo fuese militar parecía un chiste. Militar, militar, porque papá

era capitán, y decían que iba para general. Por lo visto, el día en que le dijo al abuelo que ésa sería su carrera, casi le dio un infarto.

Bueno, de eso hablaré más tarde.

Despedíamos a papá.

Tampoco es que hubiera mucho más.

Himnos, desfiles, discursos, saludos, más y más lágrimas, besos, abrazos y de pronto... todo acabó.

Nos quedamos solos.

Solos mientras el avión despegaba rumbo a una tierra extraña de la que nunca había oído hablar, pero que desde ese día se convirtió en mi obsesión.

Allí fue él.

A cumplir con su deber, decía.

Aunque eso significara dejarnos solos.

-Otros niños que no tienen nada ni a nadie también nos necesitan -me había contado.

Supongo que el mundo es demasiado grande y complicado y aún no puedo entenderlo.

Por cierto, me llamo Diego y tengo once años.

2

«Misión humanitaria, como decía el abuelo, era un eufemismo»

Los primeros días sin papá fueron tensos.

Faltaba algo en casa, y no supe exactamente qué era hasta la tercera noche, cuando, mientras veías en la tele un programa de humor, contaron un chiste muy bueno y mamá fue incapaz de reír.

Entonces supe que con papá se había ido la alegría.

La cara de mamá era como de cera, a punto de fundirse sólo con que se le acercara una llamita, tan ingrátida que parecía sujeta a sus huesos con alfileres invisibles y poco profundos. Sin embargo tenía fama de fuerte, de mujer-de-una-pieza. Las amigas se lo decían:

-Es que tú eres muy fuerte, Leo.

Y ella sonreía, o suspiraba, o las dos cosas a la vez, y ya no contestaba porque no valía la pena hacerlo.

Creo que criar fama y echarse a dormir es un dicho muy famoso.

Veíamos los informativos de todas las cadenas, zapeando sin abrir la boca, cómplices. Las noticias, sin embargo, eran escasas.

-No dicen nada -le hice notar yo.

-La mejor noticia es que no hay noticias -objetó ella.

A mí me costaba mucho mantenerme en un segundo plano, no meterme en líos, pasar desapercibido, seguir una rutina que no era tal o no romper nada -yo nunca rompía nada de manera consciente, pero las cosas a mi alrededor solían caerse siempre como si las atrajera mi cuerpo con una poderosa fuerza magnética-. En casa, papá nunca llevaba uniforme, o sea, que era como cualquier otro padre. Siempre tenía un rato para ayudarme en los deberes o contarme cosas. Más bien la que parecía militar a veces era mamá. Así que la ausencia nos desconcertó y nos descolocó un poco. Teníamos que empezar a vivir los dos solos.

Mientras, la alargada sombra de papá se proyectaba por los rincones de nuestro hogar.

En la escuela todos sabían que mi padre se había ido con las tropas en «misión humanitaria» a la otra punta del mundo. La señorita Hortensia, nuestra profesora,

nos puso un día un mapa enorme colgado de la pizarra y nos señaló aquellas tierras perdidas. También nos explicó un poco la historia. A papá, que tanto le gustaba el mar y pasear por el bosque y trepar montañas, no me lo imaginaba yo en un lugar tan desértico, sin nada más que tierra y más tierra en cientos de kilómetros a la redonda, sin árboles. ¿Quién podía vivir allí?

Y lo peor: ¿para qué demonios querría alguien entrar en guerra por semejante sitio?

Había gente para todo, y aquello lo probaba.

-Pertenece al lugar en el que naces, Diego -me dijo la profesora cuando se lo hice notar.

-Y los que emigran, ¿qué? -preguntó María.

-A veces no hay más remedio, por hambre o violencia, pero nadie deja de amar la tierra que lo ha visto nacer. Allí también hay personas, como en cualquier parte. Viven de forma diferente, eso es todo. Tienen otras prioridades, otra forma de entender su existencia, carecen de muchas de las cosas que nosotros entendemos como parte de nuestro progreso y que en ocasiones no es tal. Lo que hace el ejército es tratar de ayudar a esos millones de inocentes que se ven atrapados en ese país por la violencia de las partes en litigio.

De mayor seré escritor, porque me gustan las palabras.

Litigio es la mar de fina para definir una pelea.

Lo único bueno de todo aquello era que, sin quererlo, me convertí en una especie de héroe. Me salieron amigos hasta de debajo de las piedras, y las chicas, que antes ni me miraban, empezaron a sonreírme como si de pronto fuera guapísimo. Una me dijo que, si papá me traía algún recuerdo de allí, se lo enseñara. Pensé que como no trajera arena del desierto...

Pero le dije que sí porque era la chica más guapa de la clase.

Aunque eso me confirmó que la mayoría de las personas son tontas, porque sólo se fijan en lo que tienen delante de las narices y en lo que pasa en la tele.

A partir del quinto día, el panorama cambió.

La televisión habló de un recrudecimiento de la situación después de aquellos días de tregua y del interés de la comunidad internacional en el conflicto. La comunidad internacional era el conjunto de países que había mandado tropas, claro. No creo que al resto le importase mucho. Dudo que incluso le importase a la mayoría de españoles, porque por la calle nadie parecía mucho más preocupado que antes. Yo quería gritarles que mi padre estaba allí, haciendo algo, pero decidí no meterme en líos. Además, tampoco los políticos se ponían de acuerdo. En el Congreso iban a la greña, para variar, sobre la necesidad o no de mantener las tropas mucho tiempo, mandar más o esperar a ver qué pasaba.

Las dos partes en litigio, o sea, los que hacían la guerra, pronto empezaron con los coches bomba, los atentados, los actos suicidas, las venganzas y las matanzas.

Un día vi los cadáveres de unos niños, como yo, incluso más pequeños, tumbados en mitad de una calle sin que nadie los recogiera. Otro día vi los efectos de un coche bomba que había matado a decenas de mujeres que hacían cola en un mercado. Las personas gritaban, corrían, se daban golpes en la cabeza. Otro día vi que quemaban banderas, y eso aún lo entendí menos, porque se suponía que la coalición internacional enviada por la ONU estaba allí para ayudarles.

Mamá trató de explicármelo, pero reconozco que seguí sin verlo claro.

Todas aquellas poderosas imágenes me hicieron abrir los ojos y temblar, así que, después de una noche en la que no pude dormir y acabé muy aterrorizado, mamá me prohibió ver la tele.

Por eso no me enteré del ataque de la «insurgencia» a las tropas españolas.

Según el diccionario, los «insurgentes» eran los sublevados, los que se rebelaban por algo.

No hubo víctimas, ni siquiera heridos, pero fue la primera señal de que las cosas no iban bien y de que lo de «misión humanitaria», como decía el abuelo, era un «eufemismo». Aquel día no se habló de otra cosa en los informativos de televisión, y también en la radio. Por eso me enteré de todo. Dijeron que las tropas españolas iban a aumentar su seguridad.

¿Cómo se aumenta la seguridad en una guerra?

Una semana después de la marcha de papá, yo quería saberlo todo de las guerras, y la única persona capaz de contármelo, de manera que yo lo entendiera y fuera amena, era el abuelo.

De eso estaba seguro.

3

«Las guerras de nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros bisabuelos...»

-¿Cuántas guerras ha habido en la historia?

El abuelo alzó las dos cejas. Las tiene pobladas, muy peludas y enmarañadas, así que su expresión fue la de